

Leopoldo Zugaza: la Cultura y la Vida

Eusko Ikaskuntza concede el título de Socio de Honor a una de las figuras más destacadas en la promoción de la cultura y las artes durante los últimos cincuenta años de historia vasca



En su última reunión del año 2006, la Comisión Académica de Eusko Ikaskuntza-Sociedad de Estudios Vascos aprobó conceder el título de Socio de Honor a Leopoldo Zugaza Fernández en reconocimiento a su trayectoria vital volcada en la cultura desde las más diversas facetas.

Leopoldo Zugaza (Durango, 1932) es un raro ejemplar de hombre intelectualmente “ambidiestro”, en la medida en que su sensibilidad reflexiva se complementa con una enorme capacidad de acción. Así, lleva más de medio siglo generando ideas para nutrir culturalmente la vida en pueblos y ciudades del País Vasco, y llevándolas a cabo con perseverancia (condición que él mismo anota como necesaria, aunque no siempre suficiente, para hacer realidad los proyectos culturales). Su visión de la cultura no tiene nada de reduccionista ni menos aún de elitista, sino más bien al contrario.

“Nadie es ajeno a la cultura –señala–, cada cual tiene una mayor o menor erudición pero es un ser cultural”.

Tampoco atribuye una particular importancia a la “originalidad” de las ideas, sino que cree que hay que aprovechar experiencias externas interesantes siempre que sean “traducibles” a nuestra realidad. Por eso, en la conversación surgen constantes referencias a lo visto, a lo oído y a lo conocido en viajes, lecturas y vivencias que le han inspirado para hacer tal o cual cosa. En cambio, sí que pone el acento en la importancia de que las realizaciones nazcan con una base sólida para su continuidad y progreso, algo que revela un espíritu pragmático poco usual en este ámbito de la cultura en donde, con demasiada frecuencia, todo parece fatalmente efímero.

Afirma que a lo largo de vida no ha tenido otra intención que la de llenar los vacíos, más o menos grandes, que ha ido encontrando en el ámbito cultural vasco. De manera que, a la vista de su impresionante currículum, uno se percató del gran “gruyère” que ha sido nuestro país. Porque Leopoldo Zugaza ha fundado instituciones, ikastolas, asociaciones, centros de actividad; ha promovido museos, bibliotecas; ha editado libros y revistas; ha producido cine; ha empujado al desarrollo de la lengua con todas sus ricas variedades, animado al estudio, y en todo momento se ha revelado como un agitador cultural de primer orden. Razones más que sobradas para merecer los reconocimientos públicos que estos últimos años viene recibiendo, como el Premio Andrés de Mañaricúa por su labor humanística concedido por la Diputación Foral de Bizkaia o el Premio Durango Uria. Y razón para que Eusko Ikaskuntza le imponga la insignia de Socio de Honor.

Nos encontramos con Leopoldo Zugaza en Photomuseum-Argazki Euskal Museoa de Zarautz, que él mismo fundara en 1993 junto con el fotógrafo Ramón Serras con el objetivo de

“Adquirir, conservar, comunicar y exhibir para fines de estudio, educación y deleite, testimonios relacionados con el arte fotográfico”.

Entre fotografías, libros, placas y curiosos aparatos, Leopoldo nos invita a tomar acomodo en este espacio dedicado “a los hermanos pobres del Arte”, como él mismo define a los fotógrafos. Quizás por eso, al empezar a hablar sobre sus méritos me pide que haga constar en este papel que posee la Medalla de Oro de las agrupaciones de fotógrafos del País Vasco, una distinción por la que siente particular aprecio a pesar de que no se cita en el currículum del que dispongo.

Algo freudiano

Aunque uno de sus amigos y colaboradores, el director de la Filmoteca del Museo de Bellas Artes, José Julián Bakedano, ya me había advertido de que Leopoldo es renuente a todo tipo de encasillamiento, no por ello he renunciado a comenzar la entrevista preguntándole cómo habríamos de definir a un hombre tan proteico.

“Lo que soy es el producto de unas circunstancias históricas determinadas. Mi infancia transcurrió en un ambiente de guerra, la educación que recibimos fue a trompicones, amortiguada... Sin embargo tuve –tuvimos los de aquella generación– la suerte de haber recibido las enseñanzas de algunos buenos maestros con quienes aprendimos a poseer criterio propio, cosa que no tiene nada que ver con la erudición pero que de alguna manera está por encima de ella.

Yo recuerdo que, después de la guerra, la gente mayor en sus conversaciones repetía a menudo ‘Esto en tiempo normal no pasaba’. El tiempo normal era el que precedió a la guerra. De modo que nuestra educación no fue muy profunda ni extensa, pero tenía una claridad de valores: los de aquel ‘tiempo normal’ anterior a la guerra”.

Leopoldo Zugaza se preparó para ingresar en la Escuela de Ingenieros de Bilbao, pero su vocación profesional no se encaminó hacia las especialidades técnicas, sino que pronto descubrió que lo suyo eran las humanidades, aunque tuvo que pasar un tiempo hasta que pudo dedicarse a ellas profesionalmente. Antes, fue cobrador de autobús, mecánico de camiones, tendero, propietario de un almacén de materiales de construcción... Con su más que sobrado sentido del humor, dice que en su precoz atracción por la cultura ha de haber *“algo de complejo freudiano”*.

“En mi infancia la cultura era algo casi totalmente ausente. La cultura se reducía al deporte y a poco más. Hasta que yo tuve 16 o 17 años, en Durango no existió una biblioteca pública. Tampoco una librería, tan sólo un pequeño establecimiento donde se cambiaban novelitas populares, del Oeste, etc. Esta carencia influyó en que diéramos a la cultura una valoración no diré que taumatúrgica, pero casi... Y también eso ha de tener que ver con mi convicción de que la cultura mejora a los individuos y a la sociedad en su conjunto”.

Quien proyectó, puso en marcha y dirigió durante las primeras siete ediciones la Feria del Libro y Disco Vascos de Durango afirma que le cupo en suerte haber nacido en una familia de lectores y en un ambiente donde los libros estaban al alcance. Sus primeras lecturas fueron, cómo no, las historietas ilustradas infantiles; más tarde pasó a los cuentos de Calleja (*“entonces no nos parecían nada del otro mundo, pero vistos hoy te das cuenta de lo magníficamente editados que estaban”*), y de ahí a las novelas de aventura. Ya en la adolescencia, gracias a la biblioteca familiar, leyó con voracidad *“los Episodios Nacionales de cabo a rabo, y a Baroja de rabo a cabo. Así fuimos avanzando de una manera imperfecta, desordenada...”*.

1. LA CURIOSIDAD, DE AYER A HOY

Hablando del pasado es inevitable que surjan las comparaciones entre aquel ayer inquieto y menesteroso con este hoy pasivo y opulento.

“En mi juventud teníamos algo que ahora se echa en falta: la curiosidad. Los jóvenes actuales pueden pasar delante de la joya más exquisita del mundo sin ni siquiera volver la cabeza para mirarla. Nosotros carecíamos de casi todo y por eso éramos propensos al entusiasmo; a ellos casi nada les falta y eso les convierte en indiferentes”.

Le planteo si el problema no estará en la educación:

“Bueno, claro, a mi juicio falla el profesorado, que no puede transmitir unos conocimientos de los que carece; falla la escuela que está orientada hacia la competitividad y al desarrollo de habilidades pero no hacia los valores ni a la educación en la sensibilidad; y, desde luego, falla la familia que es donde se empieza a estimar lo cultural desde el comienzo de la vida”.

Como resultado de esto –explica con su voz reposada y clara–, los jóvenes están llenos de prejuicios que les lleva a adoptar una actitud primitiva hacia la pintura, el teatro o hacia determinada música, como si con ellos no fuera, *“pero luego, cuando toman contacto y descubren ese mundo de la sensibilidad creativa, se quedan perplejos... ‘Andá, esto yo no lo sabía...’*”. Y remacha su afirmación con un recuerdo familiar:

“Cuando mis hijos eran chavales, en casa de vez en cuando les ponía películas de época clásica, de los años 30 y 40. Ellos se quedaban maravillados y me preguntaban ‘¿y por qué no se hace un cine así ahora?’; pues porque a los jóvenes no os interesa, les decía, porque valoráis más el chisporroteo visual que las situaciones interesantes, los diálogos ingeniosos, las buenas interpretaciones...”.

Hablando de cine, sale a colación la fundación en 1953 de Fas, Foro del Cine y de la Imagen, uno de los cine-clubes más antiguos de España, inicialmente ubicado en la parroquia de San Vicente de la capital vizcaína, donde a la sazón Leopoldo residía como estudiante.

“Siempre he sido muy cinéfilo. A alguien como yo, que ha pasado tanto tiempo yendo de un lado a otro por ver películas, o por conseguirlas para proyectarlas, no me deja de sorprender el que podamos tener ahora en casa todas las *pelis* que uno quiera, y poder programártelas según el estado de ánimo que tengas en el día...”.

2. SOBRE LAS ARTES

El que mucha gente hoy conozca a Leopoldo como “el padre del director del Museo del Prado” no parece que le importe sino que, por el contrario, le llena de satisfacción. Sin duda Miguel Zugaza es heredero directo de la gran afición de Leopoldo por las artes plásticas.

“De estudiante en Bilbao solía frecuentar el Museo de Bellas Artes –*en cuyo patronato años más tarde él ostentaría la Vicepresidencia y que Miguel dirigió*–, y algunos días me encontraba absolutamente solo, no había nadie más que yo. Entonces las salas se iluminaban únicamente con la luz cenital, de manera que las tardes encapotadas lo cerraban antes de la hora porque apenas se veía”.

Luego se propuso llevar el arte a su localidad natal, Durango, pero como en principio no existían salas ni lugares adecuados, montaba las exposiciones *“en lonjas o donde nos dejaban”*. En aquel tiempo exponer arte ya era de suyo un acto poco menos que perturbador en una comunidad tan alejada de todo contacto con la cultura:

“La gente se acercaba con curiosidad. Era todo un acontecimiento. Unos venían a ver qué diantres era eso y te animaban a seguir; otros, en cambio, se sentían provocados y respondían con actitudes agresivas. A falta de hábito, el público se comportaba de manera francamente extraña”.

Sería imposible detallar toda la actividad desarrollada por Leopoldo Zugaza en el campo de las Bellas Artes. Sólo en el epígrafe de exposiciones, la relación supera las mil realizaciones. Sus proyectos se han plasmado en Museos como el de Euskal Herria de Gernika, los de Arte e Historia de Durango y Zarautz, el Museo del Cemento en Donostia; ferias y certámenes como Arteder (primera feria de arte que hubo en España, antecedente directo de Arco), Artesport, catalogaciones, inventarios, servicios de exposiciones, publicaciones... En decenas de pueblos y ciudades se han presentado muestras artísticas, etnográficas, históricas, bibliográficas, deportivas y de animación a la lectura concebidas y realizadas por él. Una labor dilatada en la que podemos apreciar las cualidades de Zugaza como diseñador gráfico y de espacios.

Siendo él mismo un creador multidisciplinar, su concepto del Arte es amplio y contrario a la actual tendencia a la compartimentación.

“No creo en la especialización a ultranza. Ahora ocurre que los artistas, en general, se hallan encerrados en su disciplina y raramente se les ocurre experimentar con otros géneros. Esto antes no ocurría. En la época de las vanguardias, un pintor hacía también decorados de cine, figurines de teatro, poesía; el músico escribía; y el escritor pintaba... Yo a los jóvenes suelo animarles a que se reúnan y escriban un libreto, y le pongan música, y le diseñen una puesta en escena... Nosotros, con 16 o 17 años, cada verano montábamos representaciones teatrales con textos de la Galería Dramática Salesiana, y nos encargábamos de hacerlo todo por nosotros mismos. Así nos iniciamos en la práctica artística de manera abierta”.

3. ZUGAZA, EDITOR

Además de un sinfín de publicaciones para otras entidades, Leopoldo Zugaza ha mantenido una actividad constante en el campo de la edición. Su librería Itz en Durango fue durante años lugar de referencia para las gentes de la cultura. Convertido en editor, entre 1975 y 1980 publicó obras de pensamiento, euskera, lingüística, sociología, economía, derecho, literatura, arte, historia, amén de interesantes reediciones.

Entre sus ediciones hay que recordar la revista de ciencia y cultura *Gaiak*, aparecida en 1976 para difundir la creación e investigación al servicio de la formación científica y humanística de los vascos, junto con las literarias y artísticas *Caja Baja*, *Zubizabal*, *Hegalez hegal*, *Ibidem*, *Orientación Norte*, *Mínima*... Todas con el común denominador de su alto nivel tanto formal como de contenidos.

En su faceta de editor y promotor literario (Bernardo Atxaga varias veces ha recordado que Leopoldo Zugaza fue quien le dio su primer trabajo literario “retribuido” como escritor) en los años noventa creó en Zarautz un centro de

poesía, Olerti Etxea, que impulsó el Festival Internacional Interolerti, y donde publicó obras de poesía (una de sus grandes pasiones) y de narrativa.

“La relación de la gente con el libro demuestra que aún hoy tenemos deficiencias culturales. Hay muchas personas que nunca entran en una librería o, si lo hacen, es para pedir algo que han elegido previamente porque lo vieron en el escaparate. En ciertos sectores el libro aún se ve con cierta solemnidad, como algo reverenciable”.

Cuando de las librerías pasamos a hablar de las bibliotecas, su tono cambia y se vuelve más firme:

“No existe una política de bibliotecas en el País Vasco. Lo que se hizo a este respecto al principio era válido en aquellas circunstancias pero se ha quedado insuficiente, no hemos evolucionado. El concepto de biblioteca ya no es el mismo; hoy una biblioteca no puede ser un simple depósito de libros sino un polo de actividad cultural. Por otra parte, la política de albergar las bibliotecas en palacios urbanos ha sido errónea, porque esos edificios no están pensados para ese uso y su mantenimiento acaba resultando muy costoso. Y qué decir de los contenidos... Es incomprensible que a día de hoy muchas de nuestras bibliotecas no dispongan de las obras relacionadas con la vida de la propia localidad donde se ubican: historia, arte, patrimonio, tradiciones, etc.”.

Esto último enlaza con la importancia que Zugaza, como buen humanista, otorga al conocimiento de la Historia como proyección del hombre en el tiempo. La desidia hacia la Historia se le antoja preocupante.

“Patria es aquello que se comparte, y para eso hay que conocer qué es lo que compartimos. Ahora se dice, a cuenta de la creciente inmigración, que la convivencia deberá convertirse en integración. Muy bien, ¿pero a partir de qué? Es preciso que todas estas personas conozcan en dónde se integran”.

4. LOS “TUBOS GORDOS”

Una mañana de conversación con Leopoldo Zugaza da para mucho, pero el tiempo pasa veloz. Querría el periodista haber sabido reproducir la cadencia leve y sosegada de sus respuestas, entreveradas frecuentemente de bromas y de anécdotas, pero el espacio limita y nos obliga a sintetizar el diálogo a lo puramente asertivo.

En un momento le cito a José Miguel de Azaola (“*el autor de Vasconia y su destino, claro...*”) cuando señalaba la paradoja de un País Vasco que, aun siendo superindustrializado y rico, hasta hace tres o cuatro décadas carecía de una sola editorial importante de obras de Historia, Literatura o de pensamiento.

“En 1977 yo publiqué el libro *El sistema urbano vasco*, de Manuel Ferrer, que creo que no se ha leído ni se ha atendido como merece. Ahí queda bien explicado cómo parte de nuestras limitaciones culturales han venido dadas por la ausencia de una población metropolitana importante, que hubiera podido sustentar e irradiar unos servicios de capitalidad”.

A modo de ejemplo cita el caso de la Prensa vizcaína que, a diferencia de la guipuzcoana, apenas tenía difusión fuera del ámbito provincial.

“Las posibilidades económicas del mundo de la cultura en este país son reducidas. Por eso me ha parecido siempre un dispendio el hecho de duplicar servicios, igual que era absurda (y así se ha demostrado) la idea de sectorializar a cada una de las tres capitales de la Comunidad Autónoma: Bilbao, las finanzas; Donostia, la cultura; Gasteiz, la Administración”.

Zugaza se posiciona críticamente con la política cultural que se está llevando.

“En determinadas esferas la desidia es absoluta. Lo que hay son muchos juegos malabares, de manera que cuando se detecta una demanda social, se saca el conejo de la chistera y, hala, ya está todo el mundo satisfecho. Pero de estos trucos la gente se da cuenta: aunque la formación no sea la deseada, Dios tiene la virtud de dejar en todos y cada uno un poco de sentido común (si no, no podría pedirnos cuentas), y con esa pizca de sentido común vemos que aquí hay cosas que claman al cielo...”.

Al respecto de esto, ¿suele hablar Leopoldo Zugaza con el Gobierno Vasco? *“¿Hablar con el Gobierno Vasco? ¡Pero si es más práctico ir a Lourdes!”.*

Como no le gusta ponerse sentencioso, Leopoldo tira de chiste para demostrarme cómo ve él las cosas, y me cuenta el de aquel indiano que, para epatar a sus vecinos, se hace construir una casa con todo “muy grande, muy grande y muy aparente”. El decorador le propone poner en el salón un órgano: ‘Pero que los tubos sean gordos, ¿eh?, muy gordos’.

“Aquí vivimos un poco bajo el síndrome de los ‘tubos gordos’. Grandes organizaciones, grandes infraestructuras, grandes proyectos... Pero también es importante hacer cosas pequeñas que, por su entidad, pueden llegar a ser grandes. El Museo de Bellas Artes de Bilbao empezó con 13 cuadros y ahora está reconocido como una pinacoteca de primer orden”.

Esto nos lleva al tema de la descentralización:

“Hace falta una gradación, trabajar en los escalones intermedios. El Guggenheim está muy bien, pero también se precisan museos comarcales donde tengan cabida los artistas locales o noveles; y hay que valorar y realzar el patrimonio más próximo...”.

Siempre ha considerado que para un buen desarrollo social son precisas las instituciones culturales. Esto nunca ha sido fácil, ni antes ni ahora.

“La creación de la Asociación Gerediaga en el Durango de los años sesenta costó lo suyo, porque no conseguía reunir a doce personas para formar la primera junta directiva. Y luego, cuando propuse organizar una feria del libro, la acogida por parte de la junta fue, en un primer momento, fría. Y las pocas editoriales de entonces tampoco veían el interés del encuentro. Esto da una idea de cómo estaba el espíritu de la gente”.

Volviendo a las instituciones culturales:

“Nadie mejor para analizar y gestionar unos programas culturales que quienes están especializados en la materia”.

Él también ha visto los toros desde esta barrera durante los años en que fue director de actividades culturales de la Bilbao Bizkaia Kutxa:

“Nosotros perseguíamos vitalizar la actividad cultural al servicio de la gente. ‘Pero, ojo –les solía decir a mis compañeros–, que no podemos sustituir a la gente: podemos asesorarles gracias a los conocimientos que tenemos, pero nosotros somos la gasolina, no el motor de la vida cultural’”.

Él mismo fue uno de los fundadores del Instituto Labayru de Derio, institución depositaria de donaciones de bibliotecas, libros, archivos, colecciones fotográficas, etc., amén de generadora de actividad investigadora y creativa.

“Las instituciones culturales son necesarias, pero no lo es menos la colaboración entre ellas. Y en esto tampoco estamos como para tirar cohetes. Yo creo que sobre todo la Universidad debería acercarse más a las instituciones culturales y científicas para compartir experiencias y repartirse las tareas. Sería muy enriquecedor para todos. También para el propio mundo universitario, que a veces se antoja un club privado”.

5. LA LEY Y LAS ESPINAS

El Photomuseum-Argazki Euskal Museoa va a cerrar y ello nos obliga a ir terminando nuestra conversación. Veo en mis notas una batería de temas que hubiera querido suscitarle, así que estoy obligado a escoger dos preguntas finales. La primera se refiere a cómo ve la globalización y el riesgo de empobrecimiento de la diversidad cultural que pueda acarrear. Me sorprende con una respuesta optimista:

“No hemos de tenerle miedo a la globalización, al menos en este sentido. Sin duda que se homogeneizarán algunas cosas, pero habrá otras que se tendrán que acomodar a la historia, las tradiciones, las costumbres de cada lugar; no será algo que precise de un planteamiento artificioso, ni que exija encontrar una piedra filosofal para conseguirlo; desde hace miles de años está resuelto: cada cual es como es, y seguirá siéndolo.

Cosa distinta es que, con la evolución de los tiempos, determinados valores que nosotros hemos defendido y valorado como consustanciales a nuestra forma de ser y de pensar, como vascos, puedan desaparecer. Me refiero, por ejemplo, a la relajación de los compromisos.

Esto me trae a la memoria un documento de un pleito de un antepasado mío donde se leía esta frase: ‘*La palabra es ley*’. En nuestro sistema consuetudinario la palabra dada valía de pleno derecho. En cambio ahora se produce un exceso de judicialización, de modo que la menor diferencia se traslada a los tribunales. Esto va contra nuestra tradición, y además me parece peligroso”.

Peligroso ¿en qué sentido?

“Pues porque estamos yendo hacia la atrición absoluta. Ahora todo se quiere ordenar mediante una legislación amenazante y a los ciudadanos se nos somete a una tiranía normativa, que no por legal deja de ser tiranía. El abuso de legislación puede llevar, por un efecto de rechazo, a que la gente le tome aprecio a la anarquía”.

Retomo, como al principio, las hojas de su denso currículum y le pregunto para terminar por esa espina clavada, ese proyecto acariciado y aún sin realizar, que sin duda guarda en su cabeza.

“Sí, no es una sino dos espinas. Por un lado, hubiera querido que en Bilbao se hiciera un Museo de la Música, de la música universal, teniendo en cuenta que en la ciudad hay una actividad musical importante. Un espacio que tuviera una dimensión didáctica orientada al público infantil, siguiendo el modelo del Museo de la Música de Barcelona. Pero, por más que lo he intentado, no ha habido forma. Esto me ha enseñado que, aquí, a las gentes vinculadas con el mundo de la música no les gusta la música: en realidad, lo que les gusta es cantar.

El segundo proyecto pendiente es la creación de un Museo de la Lengua y la Literatura Vascas que pretende recoger la vida del euskera en el contexto del plurilingüismo. Creo que hay aspectos de la lengua y la literatura que son museables y que podrían visualizarse, aspectos tan interesantes como los orígenes de la lengua, la evolución de la literatura, etc.”.

Y con una sonrisa remacha: *“Pero, bueno, aún hay tiempo para seguir haciendo cosas, ¿no?”*.

Con el magnetófono apagado, mientras recojo las notas, me intereso por sus muy deseables *Memorias*. *“Oye, ¡que yo quiero seguir viviendo aquí!”*, bromea.

“Si escribiera mis vivencias tal como fueron, y sobre las cosas que se podían haber hecho mejor y no se hicieron, me convertiría en un rezongón... Y este no es un papel muy lucido para pasar a la Historia, ¿verdad?”.

Juan Aguirre